

RICHARD
LAYMON

LLUVIA
NEGRA

LA PUERTA OSCURA

Bixby era un pequeño pueblo. Con las pasiones, amores y mediocridades más comunes. Un día apareció brutalmente asesinado un joven negro, y poco después se abatió sobre Bixby el mayor de los horrores.

Caía lluvia negra. Una lluvia que al entrar en contacto con la gente, la hacía enloquecer en furia asesina. De este modo, buenos y pacíficos vecinos se convirtieron en monstruos de maldad. A pesar de ello, algunos trataron de sobrevivir, de rescatar a seres queridos. Y otros, sin estar contaminados, aprovecharon para dar rienda suelta a sus más bajas pasiones.

*A Wren e Ida Marshall, dos de las mejores
personas que conozco. Que la suerte de los
irlandeses esté siempre con vosotros.*

EL LUGAR DEL CRIMEN

«ESTO es una maldita locura», pensó Hanson. Pero no descendió.

La valla metálica que rodeaba el estadio de fútbol del Instituto Lincoln se tambaleó al trepar por ella, produciendo agudos chirridos que a él le parecieron demasiado estridentes en la tensa quietud de aquella noche de noviembre. Pensó, no obstante, que era improbable que alguien lo oyera.

Las casas más próximas quedaban fuera de la vista, más allá de las tribunas del extremo opuesto del estadio. Tras él se extendía un campo vacío, en dirección a los distantes edificios de las aulas. El propio estadio parecía desierto.

Tenía la certeza de que nadie oiría el sonido de la valla al agitarse. No obstante, el ruido le ponía nervioso, lo mismo que el crujir de las hojas secas bajo los pies podría inquietar a un hombre que cruzara a solas un cementerio al morir la noche. El corazón le latía con fuerza y sentía el sudor brotando de todos sus poros. Le temblaban los brazos y las piernas.

Trepar por la valla resultó fácil. Estar aquí, en cambio, no lo era tanto.

Una vez arriba, pasó las piernas por encima de la barra y se dejó caer al otro lado desde una altura de unos tres metros, flexionando las rodillas para amortiguar el golpe. Sintió la sacudida sobre todo en la cintura, provocada por el peso del cinturón del que colgaba la pistola. El cuero produjo un crujido, y las esposas y la munición tintinearón me-

tálicamente dentro de las cajas. Se enderezó y, con un par de tirones bruscos, volvió a colocarse el cinturón en su posición.

Se secó las manos sudorosas en la pechera de la camisa.

«Bien, ya estoy aquí», pensó.

Si al menos supiera por qué.

Caminó lentamente sobre el césped, con la mirada en la portería norte, situada directamente delante de él.

Se engañaba si creía que aún podría encontrar algo nuevo. La noche anterior, los hombres ya habían recorrido palmo a palmo toda la zona, y también durante el día. Habían tomado fotos, recogido, etiquetado y retirado todo lo que encontraron: el pobre diablo, sus ropas, cerillas y colillas de cigarrillos, la lata de gasolina, envoltorios de golosinas y otras porquerías que probablemente no tenían nada que ver con el crimen, y hasta se llevaron parte del césped que rodeaba el poste al que había sido atado el chico. Se había hablado de la posibilidad de llevarse también el poste, pero el jefe no lo creyó necesario. Habían arrancado los restos carbonizados del acolchado como prueba.

Diablos, allí no quedaba nada que buscar.

No obstante, mientras patrullaba en el coche por el vecindario, Hanson se encontró merodeando en círculos por la zona del instituto, reduciendo la marcha cada vez que el poste distante aparecía ante sus ojos, y mirándolo fijamente por la ventanilla. Finalmente, aparcó delante del estadio.

Bajó del coche sin haber informado siquiera de sus intenciones por la radio.

Era una locura.

Mientras caminaba por la pista de ceniza que crujía bajo sus pasos, deseó haber hecho aquella llamada. Podría haberle dado a Lucy una información falsa sobre su paradero, diciéndole que se tomaba un rato para comer algo.

Pero mentirle hubiera sido peor.

Tenía la intención de casarse con ella. Y no se miente a alguien a quien se ama.

«Mejor así —pensó—. Además, probablemente ella me encubrirá si surge cualquier cosa.»

Notaba la hierba suave y mullida bajo sus zapatos. Cruzó la zona final del campo, con la mirada clavada en el poste. Se detuvo justo al pie del círculo donde habían arrancado la hierba y lo observó fijamente.

Se preguntó una vez más por qué se había sentido atraído hacia este lugar.

Ya había visto antes a otras víctimas de asesinato, aunque no muchas. Y sólo una de ellas, una tal Jennifer Sayers, había encontrado una muerte tan brutal. No había sido quemada como este chico, sino torturada y violada. Su cuerpo mutilado le había producido muchas pesadillas, pero jamás se le ocurrió acudir en secreto a la zona del bosque donde ocurrieron los hechos.

De algún modo, esto era distinto.

«Sí, de algún modo lo es —pensó—. Maxwell Chidi era un chico de color. Esa es exactamente la diferencia.»

«¿Cuándo se convierte un tipo de color en un negro? Cuando sale de la habitación.»

Hanson solía reírse de bromas de esa clase. Incluso él mismo las decía.

«Y esa es la razón por la que estoy aquí», se dio cuenta de pronto.

Por un sentido de culpabilidad.

A ese chico se lo habían cargado unos blancos por el simple hecho de ser negro.

Diablos, eso no son más que suposiciones. Puede que no tuviera nada que ver con esto. Aquí no estamos en Alabama. El móvil podría haber sido cualquier otra cosa: celos, codicia. Quizá el chico era un camello, había metido las narices donde no debía y...

Pero, en cualquier caso, era negro antes que camello. Y esa es la clase de pensamiento que...

Las luces del estadio se encendieron de pronto. Hanson se encogió y dio un respingo. «¡Oh, Dios santo!» Se giró en redondo y miró entre las gradas, a ambos lados del campo. Allí no había nadie. Pero sabía que le habían atrapado.

«Conserva la calma», se dijo.

Probablemente, sólo era alguien de mantenimiento y ni siquiera sabía que él se encontraba allí. Por ahora.

«¡Qué demonios! Al fin y al cabo soy un poli. Tengo cosas que hacer aquí.»

Seguía sin ver a nadie.

Pero alguien había encendido las luces.

Maxwell...

Oh, claro, seguro...

Se le erizó la piel al imaginarse al chico muerto avanzando tambaleante por entre los pasillos del estadio, acercándose al campo, como una silueta negra arrastrando los pies en la oscuridad. Completamente rígido, con los brazos extendidos y unos muñones de dedos afilados como garras. Sin rostro. Sólo un bulto negro, sin orejas, sobre los hombros. Y con grandes dientes.

Creyó escuchar el lento arrastrar de los pies chamuscados de Maxwell sobre el cemento, su piel quemada crujiendo al moverse, desprendiéndose en escamas y cayéndole del cuerpo como hojas muertas.

«Voy a por ti, hombre blanco.»

«¡Ya está bien!», se dijo Hanson.

Aun sabiendo que todo aquello no era más que el producto de su imaginación, giró la cabeza a uno y otro lado, taladrando con la mirada los huecos de salida a las gradas. Había tres a cada lado, eran como grandes agujeros oscuros. Túneles que conducían a la parte de atrás, a la zona donde se servían los refrescos, las salas de descanso y las puertas de salida, en la verja.

«Deja ya de asustarte tú mismo. Maxwell está muerto, en el depósito de cadáveres y no...»

Al otro lado del campo, una figura surgió del túnel más cercano.

Un hombre blanco vestido con un mono verde. ¿Uno de los hombres que cuidaban el terreno? Hanson suspiró, aliviado. Se sentía como si le hubieran absorbido toda su fortaleza. El simple hecho de permanecer de pie, recto, le hacía temblar.

El tipo levantó una mano, a modo de saludo. Saltó la valla y se dejó caer sobre el césped, en el extremo más alejado de la pista. Recibió todo el impacto sobre la pierna izquierda, y mantuvo la derecha levantada. Luego, se incorporó sobre ambos pies y empezó a caminar en dirección a Hanson, cojeando.

—Buenas noches, oficial —dijo.

Hanson le saludó con un gesto.

La parte superior de la cabeza del hombre relucía bajo las luces del estadio. El cabello que mostraba alrededor de las orejas era gris. Tenía el rostro enjuto y curtido, y su aspecto era nervudo y duro. Al acercarse más, tintinearón unas llaves colgadas del costado.

—Toby Barnes —dijo, tendiendo una mano.

—Bob Hanson —replicó el policía, estrechándosela.

—Acabo de llegar, Bob. Vi tu coche delante. ¿Te importa si te pregunto cómo lograste entrar?

—Saltando la valla.

—Me alegro de saberlo —dijo Toby, que pareció sentirse aliviado—. Temía que algún idiota hubiera dejado abierta alguna puerta. Siento mucho no haber estado por aquí para dejarte entrar.

—No hay problema.

—De todos modos, pensé que te vendría bien disponer de un poco de luz. Yo me dirigía a la escuela. Soy el jefe de mantenimiento, ¿sabes? Tengo que ocuparme de echarle un vistazo al equipo encargado de la limpieza. La mayoría de ellos no son más que un hatajo de gandules. —Toby apartó la mirada de Hanson y se quedó contemplando el

poste—. Fue terrible —dijo—. ¿Tienes alguna idea de quién lo hizo?

—Trabajamos en eso. Pensé darme una vuelta por aquí para tratar de sentir la situación.

—Supongo que anoche ya estuviste aquí.

—Sí.

—Tuvo que haber sido bastante desagradable. Yo ya he visto a algunas personas quemadas, ¿sabes? Pertencí a la brigada contra incendios de Bakersfield, hasta que un suelo se hundió bajo mis pies. —Se dio una palmada en la pierna derecha y lo que sonó a través de los pantalones no daba la impresión de ser carne—. Nunca es agradable verlo. Ese es uno de los aspectos del trabajo que no echo de menos.

Hanson, a quien le había gustado enseguida aquel hombre, sintió ahora una cierta admiración por él, aunque de mala gana.

—Nunca me pagarían lo suficiente para que fuera bombero —dijo.

Toby asintió con un gesto, con la mirada fija en el poste.

—¿Crees que fueron los chicos?

—No lo sé. Parece probable.

—Que yo sepa, por aquí no actúa ningún Klan.

—No.

—Esa sería la clase de cosas que cabría esperar del Klan. Eso avergonzaría a esta ciudad.

—¿Conocías al chico? —preguntó Hanson.

—Le había visto por la escuela —contestó Toby volviéndose a mirarlo, frunciendo ligeramente el ceño—. Por aquí sólo vienen unos pocos chicos de color. Ese Chidi no era como los demás. Un tipo alto, incluso elegante, y hablaba de una forma muy curiosa. Me imagino que procedía de una de esas islas, de Jamaica, de Haití o cualquier otro lugar así. Y no hablaba de forma soez, sino más bien como si tuviera una cierta educación.

—¿Cómo se llevaba con los demás alumnos?

—Bien, al menos por lo que yo sé. No tenía mucho que ver con los otros chicos de color. Los demás siempre deambulaban juntos por ahí. Supongo que eso es algo natural. Pero no creo haber visto nunca a Chidi con ellos. Cuando lo veía, siempre iba en compañía de los otros chicos blancos, aunque la mayoría eran chicas. Parece ser que gustaba a las chicas.

—¿A alguien en especial? —preguntó Hanson notando que se le aceleraba el ritmo del corazón.

—Sí, había una. No conozco su nombre, pero podría averiguarlo si quieres. Durante este último par de semanas se les ha visto juntos por todas partes. No me sorprendería nada que se acostara con él.

—Bueno, ahora... —murmuró Hanson.

—Sí, ya comprendo cómo una cosa así podría inducir a alguien a seguir un camino erróneo.

—Esto es...

Los dos se sobresaltaron y levantaron las cabezas cuando el cielo pareció explotar. Por un instante, Hanson pensó que sobre el estadio se había producido una colisión entre dos aviones. Pero lo que vio fue un restallante relámpago, ramificado como un árbol gigantesco, descendiendo desgarrador desde una nube oscura y alta, como un cañón.

El rugido se desvaneció poco a poco, dejándole los oídos resonantes.

—¡Santo Dios! —balbuceó Toby.

Y en ese momento empezó a llover.

El chaparrón cayó como un manto sobre las luces del estadio, cubriéndolas por completo hasta dejar pasar apenas un débil resplandor amarillento.

Un instante después de que las luces perdieran su intensidad, el chaparrón alcanzó a Hanson. Eran unas gotas grandes y cálidas, que cayeron con fuerza sobre su rostro y hombros, produciéndole un hormigueo en la piel. Parecieron empapararlo y calentarlo. De repente, sintió una extraña y fuerte corriente de excitación.

—¡Mierda! —exclamó Toby.

Hanson y Toby se miraron el uno al otro a través de la débil luz fantasmagórica, el oscuro chaparrón y la neblina que ahora se movía a su alrededor, producto de la condensación, causada probablemente por la lluvia cálida atravesando el aire frío de noviembre.

Parecía como si alguien hubiera arrojado a Toby un cubo de tinta por encima de la cabeza. Sólo sus ojos y sus dientes eran blancos. Estos se mostraron cuando esbozó una mueca.

Hanson extendió la mano hacia la funda y extrajo su revólver en el instante en que Toby se lanzaba sobre él, aullando. Los dedos del hombre se cerraron alrededor del cuello de Hanson, hundiéndose en la carne. Apretó la boca del cañón del 38 contra el estómago de Toby y apretó el gatillo tres veces, con rapidez. Los disparos le ensordecieron los oídos.

Toby se tambaleó hacia atrás, doblándose por la cintura.

La cuarta bala le atravesó la corona de su cabeza calva y negra. Cayó sentado, con el tronco doblado, detuvo su movimiento, todavía sentado, y se deslizó sobre las piernas extendidas.

Hanson tomó un poco de carrerilla y lanzó un tremendo puntapié contra el rostro de Toby. Esperaba hacerle salir volando la cabeza, como si fuera una pelota de fútbol. Pero a pesar de la potencia que imprimió, sólo consiguió arrojar la espalda del hombre hacia atrás, contra el suelo.

Cuando la pierna derecha de Hanson alcanzó la altura del puntapié, el pie izquierdo resbaló sobre la hierba húmeda. Levantó los brazos, emitió un grito de sorpresa y cayó de espaldas, junto a Toby. Aturdido por la caída, permaneció inmóvil durante un momento. La lluvia le sentaba muy bien. Esto era como permanecer tumbado en la bañera, con la ducha abierta, pero todavía mejor. Enfundó el arma y luego extendió los brazos y las piernas. Gimiendo, se retorció con placer.

Al girar la cabeza, vio el cuerpo de Toby a su lado.

«¡Uau! —pensó—. Menudo desperdicio de hijo de puta.»

Se echó a reír. Al sentir la lluvia sobre su boca, la abrió del todo y extendió la lengua. Notaba la lluvia como si fuera más espesa que el agua. Y le pareció que tenía un ligero sabor a sangre.

Sólo un poco. Un suave sabor a cobre. Muy sutil.

Eso le hizo desear llenarse la boca con el verdadero líquido.

Hanson rodó sobre sí mismo, se incorporó y gateó. Se extendió hacia adelante, con el vientre bajo. Luego, apoyando los codos sobre la hierba blanda y suave agarró a Toby por las orejas. Levantó la cabeza del hombre. Apretó la boca sobre la herida de bala y empezó a chupar.

VA A LLOVER MUCHO

1

AQUELLA misma noche, algo más temprano, cuando el patrullero Bob Hanson todavía se hallaba recorriendo las calles, cerca de Lincoln High, aproximadamente una hora antes de que sus balas le arrebataran la vida a Toby Barnes, Francine Walters se acomodó en el sofá del salón de su casa. Se acercó la bandeja al tiempo que empezaba el noticiero de las seis de la tarde. Mientras sonaba la sintonía terminó de beberse el whisky que quedaba en el fondo de su vaso.

«Buenas noches —dijo la presentadora Chris Donner—. En lugar destacado de nuestras noticias de hoy, la policía continúa investigando el horrible asesinato, cometido anoche, de Maxwell Chidi, un estudiante de diecisiete años del Instituto Lincoln, en la cercana comunidad de Bixby, en el valle. El cuerpo del joven de color fue descubierto en el recientemente terminado estadio Memorial por...»

—Acuérdate de lo que te digo —comentó Francine—, ese chico no servía para nada. Probablemente se lo merecía.

—Mierda —murmuró Lisa.

—¿Qué? —espetó Francine girando la cabeza hacia la chica—. ¿Qué has dicho?

—He dicho que eso es una mierda —contestó Lisa mirándola con ojos encendidos desde la mecedora—. No sabes lo que estás diciendo.

—Sé perfectamente lo que estoy diciendo, jovencita, y no te atrevas a hablarme de ese modo. ¿Qué te ocurre? Pareces descentrada desde que te levantaste esta mañana.

La cólera pareció desaparecer como por ensalmo de la mirada de Lisa. Abrió la boca como para decir algo, pero luego la volvió a cerrar y apretó los labios. Las comisuras le temblaron. La barbilla, con un hoyuelo y pálida a causa del esfuerzo de elevar el labio inferior, empezó a temblarle. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Lisa?

—Déjame en paz.

Echó la mecedora hacia atrás, sin desplazarla demasiado. Al levantarse, los muslos golpearon contra el borde de la bandeja de su cena. No fue un golpe fuerte, pero la colisión desplazó la bandeja y volcó el vaso, que cayó, derramando su contenido de agua y cubitos de hielo. El cristal chocó contra la alfombra con un ruido sordo.

—¡Fíjate lo que has hecho! —espetó Francine. Dejando escapar un sollozo angustiado, la muchacha salió corriendo de la habitación.

«Pero ¿qué demonios le sucede? —se preguntó Francine—. ¡Maldita sea!»

Cuidadosamente, dejó la bandeja a un lado. Al levantarse, oyó el sonido de una puerta al cerrarse con fuerza. Pero sonó demasiado cerca como para que fuese la puerta del dormitorio de Lisa. Probablemente era la del cuarto de baño, al otro lado del vestíbulo.

Se acercó a la bandeja de Lisa y recogió el vaso. Espatarada, reunió los cubitos de hielo que habían caído sobre la alfombra beige. Gracias a Dios, sólo se trataba de agua, pensó. Dejó los cubitos dentro del vaso. Si Lisa hubiera estado bebiendo leche o Pepsi..., y podía dar gracias a la buena suerte de que no hubiera terminado en el suelo el plato de lasaña.

Francine dejó el vaso sobre la bandeja y luego fue a buscar a Lisa. Se sentía calor y humedad dentro de casa.

Dios santo, cómo odiaba esta clase de escenas.

Pero el episodio no daba la impresión de ser una de las clásicas rabietas de su hija. Allí ocurría algo más grave. Quizá tuviera que ver con la muerte del joven negro.

«No debería haberlo mencionado», pensó.

Tal y como había sospechado, la puerta del cuarto de baño estaba cerrada.

—¿Cariño?

—Déjame en paz.

A juzgar por la voz aguda y temblorosa de la joven, Francine supo que estaba llorando.

—¿Te encuentras bien?

—No.

—Siento haber perdido la paciencia, cariño. Anda, sal ahora de ahí, ¿quieres?

—No puedo.

—Ellos cuentan contigo. Sal y termina de cenar.

Segundos más tarde, se oyó el sonido metálico de la cerradura y la puerta se abrió. Lisa tenía el rostro enrojecido, los ojos inyectados en sangre, y las lágrimas le corrían por las mejillas. Sollozando, se limpió la enrojecida nariz con un pañuelo de papel.

Al ver a su hija en tal estado, Francine sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Le escocieron los ojos, que también se le llenaron de lágrimas.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—¡Oh, mamá! —exclamó la joven arrojándose hacia ella con los brazos abiertos y abrazándola ferozmente. Abrió la boca, en busca de aire, y los espasmos sacudieron su cuerpo—. Yo le amaba —balbuceó—. Le amaba mucho, y ellos lo mataron.